

OTOÑO ()*

Por Daiana Di Candia (2º)

“Y te aseguro que es mejor que las cosas hayan terminado de esta manera”, concluyó y sonrió con el pecho apretado al reconocer su letra temblorosa, que él podría confundir con seguridad. La luz entraba por la persiana y alumbraba con melancolía la carta o tal vez eran sus ojos que llenaban la habitación de nostalgia. Allá afuera, los árboles llorones con las hojas secas parecían más tristes aún. Se imaginó desde la calle y se alegró porque desde allí ella sólo sería un reflejo, el esbozo de un rostro entreverado y desconocido.

Sin soportar tanta fragilidad cerró la carta y salió con decisión. Desde su asiento podía sentir el oxígeno desaparecer y ver a cada una de esas personas consumiéndolo en su oreja. Todos miraban para afuera con los ojos afectados y con sus cabezas llenas de palabras atomizantes, igual que ella. Tomó su cuaderno de notas y escribió: “la civilización es un perro vestido con un buzo de lana en un día otoñal”; y miró con desafío a su alrededor, sintiéndose un poco estúpida por seguir agregando frases a esas hojas marchitas que nadie leería. Sus cuentos alegres, coloridos y de letra redonda, que pertenecían a una infancia imperceptiblemente lejana, se habían convertido en fragmentos angustiados con letras desesperadas por decir algo imposible.

Se bajó en el correo, sus palabras llegarían a destino en una semana y eso estaba bien. No importaba si él creía la historia del comandante, sólo necesitaba estar en soledad. Como si siguiese un plan meticuloso se dirigió al cuartel y tuvo que esperar en la oficina al comandante. Lo escuchó subir por las escaleras, toser y luego sonreír. Luz intentó mostrar su odio pero no pudo evitar esa sonrisa puramente fisiológica, hormonal y asquerosamente sexual. Su olor la envolvió repugnándola, se sintió un bicho pegajoso y odió ser tan claramente animal. Corrió, corrió, pero el perfume del otoño no logró disimular el hedor de su ropa excitada. Las lágrimas empapaban su cara y ya en su casa buscó refugio bajo el agua hirviendo. Su piel gritaba rojiza y Luz la enjabonó hasta que perdió el deseo.

Vio a su cuerpo, acurrucado, en el espejo y supo que desde esa noche la soledad la esperaba en la cama para arroparla en sus sábanas verdes.

() El ejercicio de escritura consistió en crear un relato a partir de otro Ernest Hemingway, titulado “Un relato muy breve”.*